



MARTÍN FIERRO EN ALPARGATAS



BIBLIOTECA NACIONAL
MARIANO MORENO

Biblioteca Nacional Mariano Moreno

Martín Fierro en Alpargatas / Contribuciones de Francisco Héctor Montesanto; Guillermo David; Coordinación general de Guillermo David. - 1a ed - Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Biblioteca Nacional, 2024.

48 p.; 21,5 x 16,5 cm.

ISBN 978-987-728-197-2

1. Ilustración. 2. Pintura Gauchesca. 3. Literatura Gauchesca. I. Montesanto, Francisco Héctor, colab. II. David, Guillermo, colab. III. Título.

CDD 741.5982

©2024, Biblioteca Nacional Mariano Moreno
Agüero 2502 (C1425EID) CABA
www.bn.gob.ar

ISBN 978-987-728-197-2

Impreso en Argentina
Hecho el depósito que marca la ley 11.723

MARTÍN FIERRO EN ALPARGATAS



Ilustraciones de Mario Zavattaro

Abril 2024 - Tercer Piso

Arte popular y mito colectivo

Pocas veces en la historia de un país un libro se vuelve central para la constitución de su identidad. Sería difícil imaginar a la Argentina sin el *Martín Fierro*: aun sus detractores, que ven en su personaje la encarnación de no pocos de los males del país, a los que oponen el programa ilustrado, sarmientino, admiten su potencia en la construcción de la imaginación social, cuyas transfiguraciones impregnan nuestra historia. Como en la tradición épica, en él se conjugan bajo el relato del honor las dimensiones que alientan el mito fundante de la nación.

Pero no solo su texto, que forma parte del acervo colectivo, sino también las versiones visuales que lo interpretaron son sustancia de su vigencia. Desde los grabados de Carlos Clérico que ilustraron *La vuelta de Martín Fierro* en vida de Hernández, han sido copiosos los artistas plásticos y audiovisuales que modularon el mito. Desde las estampas de Adolfo Bellocq, Luis Seoane o Carlos Alonso, o la versión cinematográfica de Torre Nilsson, hasta las infinitas ilustraciones que acompañaron cada edición del libro, conforman un haz imaginario de gran potencia expresiva que vuelve a narrar escenas inscriptas en la memoria popular. La obra de Mario Zavattaro, difundida tras su muerte en los almanaques de Alpargatas, es sin duda un mojón fundamental de la difusión del poema.

Por lo demás, allí obró una conjunción virtuosa: las alpargatas, noble calzado rústico de los trabajadores del campo, se conjugaban con el libro contradiciendo cierta antinomia ficticia que oponía cultura letrada y mundo laboral. Y además los almanaques de la empresa que las fabricaban ofrecían por primera vez la posibilidad de inscripción hogareña del libro en narraciones visuales de preciosa factura. Popularizados por las viñetas naif de Florencio Molina Campos, con las acuarelas de Zavattaro, de tinte realista y corte neoclásico, en las que las escenas cobraban vida de un modo dramático, el poema criollo pasó a formar parte de la vida cotidiana de los hogares populares, que accedían al disfrute de obras artísticas. Esa narración visual constituye un momento iluminador del devenir de las artes en nuestro país, que la Biblioteca Nacional, acogiendo la colección de Francisco Montesanto, ofrece en esta exposición a la reconsideración de los lectores.

Guillermo David

Director Nacional de Coordinación Cultural
Biblioteca Nacional Mariano Moreno

Mario Zavattaro. Vida y obra

Mario Zavattaro, dibujante, caricaturista y pintor (Génova, 1876 - Buenos Aires, 1932), arribó a nuestro país en su juventud, hacia 1899, integrándose desde 1901 al plantel de ilustradores de la revista *Caras y Caretas* en la que trabajó hasta su muerte. Colaboró en diversas publicaciones como *El Gladiador*, *PBT*, *Fray Mocho*, *El Hogar*, *La Novela Semanal*, *Mundo Argentino*, *El Magazine*, y en los suplementos de *La Nación* y *Crítica*. En sus tres décadas como artista del lápiz, la pluma y el pincel, dejó más de mil ilustraciones en la prensa gráfica.

Pero no todo era arte en su vida. En su Génova natal se había iniciado en la lucha grecorromana y fue uno de los primeros exponentes en nuestro país de ese deporte que practicó profesionalmente, a su llegada, en el Teatro Casino, y luego como juez en las contiendas durante las competencias internacionales de los años veinte. Sus conocimientos de la contienda, así como su valor y su destreza para afrontarla, le dieron a “Milo” —apelativo con el que se lo conoció en el ambiente— un lugar singular que facilitó el arraigo en su nuevo país. Los clubes como Gimnasia y Esgrima, que en esa época comenzaban a desarrollar la actividad, se disputaban su presentación en las exhibiciones en las que se congregaban más de mil quinientas personas, circunstancia ampliamente documentada por la prensa de aquellos años.

En mayo de 1902 fue invitado a participar en un torneo internacional en Santiago de Chile. Al respecto, escribió Martínez Cuitiño: “Alistose Zavattaro para el Campeonato y, como estaban agotadas las representaciones de la Argentina e Italia, se le confió la del Uruguay, con la que obtuvo resonantes éxitos allende la Cordillera. Volvió feliz a Buenos Aires, para seguir colocando su otro pie en el mundo, opuesto, de los talleres gráficos. Allí, a la luz de una lámpara, inclinado sobre la mesa de trabajo, su ruda y ancha mano de atleta espiritualizábase y florecía en líneas ágiles y trazos pintorescos. No se comprendía bien aquella dualidad de gladiador y de artista sin pensar en el misterio de la creación estética”. Ramón Columba, dibujante y taquígrafo del Parlamento, autor del libro *El Congreso que yo he visto* y colega de Mario, relató en un libro autobiográfico: “Viendo sus manos enormes costaba imaginar que Milo, como sus amigos lo llamaban, fuera un gran dibujante; sorprendía ver cómo, de esas manos de robusto luchador, surgían delicadas creaciones de una factura admirable”.

Mario era un joven corpulento, de tez blanca y pelo brillantemente oscuro, con un cuidado bigote de época. Vestía pantalón y saco negros, y sobre su camisa blanca se destacaba un corbatín desanudado. Su iniciación en la bohemia del periodismo gráfico se produjo en el mítico Café de los

Inmortales, cuyos habitués eran Florencio Sánchez, Evaristo Carriego, José González Castillo, Charles de Soussens, Alberto Gerchunoff, Antonio Monteavaro, Alberto Ghirardo, Rodolfo González Pacheco, Mario Bravo y Alfredo Palacios, entre muchos otros. A lo largo de treinta años ilustró sus obras, además de libros y artículos de Leopoldo Lugones, Horacio Quiroga, Ricardo Rojas, Nemesio Trejo, Héctor Pedro Blomberg, Baldomero Fernández Moreno, Pedro Miguel Obligado, Roberto Payró y Paul Groussac, por no citar sino a algunos de los más notorios. En 1907 conoció a don Ángel Villoldo, compositor e intérprete, creador del célebre tango “El choclo”, entre otras piezas memorables. Debido a la amistad que entablaron, Zavattaro ilustró una serie de poemas sobre temas costumbristas y sociales que escribiera Villoldo para *Caras y Caretas*.

También dedicó sus talentos a la sátira política. En *El Gladiador* era posible apreciar tanto la figura del presidente Julio A. Roca como la de Giacomo Puccini, el gran compositor que nos visitó en esos años, o bien la de Alfredo Palacios, consagrado como el primer diputado socialista de América. Estos personajes, entre muchos otros, fueron presentados por Zavattaro con su ingenioso estilo irónico absolutamente personal.

Mario supo ganarse el afecto de su único profesor de dibujo y pintura, el grabador turinés Alfonso Bosco. Director de la Compañía Sudamericana de Billetes de Banco, era sobre todo un artista de técnica

exquisita que alcanzó resonancia en Europa y dejó aquí discípulos de la calidad de Martín Malharro y Mario Canale. Por su parte, Mario Gallo, director cinematográfico italiano que dirigió los primeros films del cine argentino —entre ellos *La Revolución de Mayo* y *El fusilamiento de Dorrego*—, entrañable amigo de Zavattaro, le encargó la creación del logotipo para el cartel y la publicidad de su empresa cinematográfica. Zavattaro se había propuesto ser un cronista con el lápiz, la pluma y el pincel, objetivo que consiguió largamente. Sus amigos Pío Collivadino, Walter de Navazio, Thibon de Libian y Martín Malharro, plásticos de formación académica, le insistían en que debía “elevarse” a la categoría de pintor de caballete ya que poseía las condiciones para lograr esa jerarquía. Sin embargo, ni la tentación de las exposiciones ni la concurrencia del público “culto” a las mismas pudo modificar su camino de ilustrador gráfico.

En 1916 hizo su aparición como apéndice lujoso de *Caras y Caretas* la revista mensual *Plus Ultra*. Era una publicación de gran calidad, muy cuidada, impresa en excelente papel, con ilustraciones a cuatro colores. Su director, Manuel Mayol, llevó a Zavattaro como primer ilustrador. Durante la misma época comenzó a publicarse la revista *El Hogar*, de rasgos parecidos a los de *Plus Ultra*, en la que realizó un buen número de acuarelas magistrales destinadas a la tapa. La revista *El Suplemento*, que editaba *La Novela Semanal*, muy popular en ese tiempo, también contó con su talento para

ilustrar gran cantidad de tapas y cuentos de renombrados autores. Otras revistas como *Papel y Tinta* y la taurina *Sol y Sombra* contaron con su colaboración.

Desde 1928 Zavattaro desarrolló silenciosamente su obra de mayor aliento artístico: las treinta y seis acuarelas que ilustran el *Martín Fierro*, tarea encargada por la Fábrica Argentina de Alpargatas, en las que volcó todos los recursos de su extensa trayectoria como dibujante, ilustrador y pintor. Pero pocas personas supieron del trabajo que estaba realizando en la creación de la magistral saga de José Hernández, que solo se conocería tras su muerte.

Años antes de abordar el *Martín Fierro* había incursionado en temas relativos a la vida rural de nuestro país en ilustraciones para obras de escritores y poetas de la literatura gauchesca, entre ellos el *Santos Vega*. Para trabajar sobre el poema, investigó minuciosamente. En especial, estudió las diez litografías realizadas por Carlos Clérico, el primer ilustrador del texto, en 1879, para la edición de *La vuelta de Martín Fierro*. Facilitado por Isabel, la nieta de José Hernández, consultó el manuscrito del poema. Además estudió detalladamente las ciento veinte fotografías captadas del mundo rural bonaerense por el doctor Francisco Ayerza, correspondientes al período 1885-1900, casi contemporáneo del poema.

Zavattaro visitó por largo tiempo campos y estancias, y hasta logró ver de cerca alguna pulpería sobreviviente, lo que le permitió registrar con precisión detalles

como la forma de una limeta, el tipo de botellas de vientre ancho y cuello largo que abundaban en la campaña. Su sostenida pasión por el canto hernandiano infundió verdad y vitalidad a su obra. Estas notables ilustraciones muestran su depurada sensibilidad, tanto que los personajes como el propio Martín Fierro, el comandante, el pulpero o el indio aparecen en la versión de Zavattaro con un respeto documental y una pulcritud detallista que los hace al mismo tiempo obra artística y testimonio. Debe agregarse a ello que eligió para expresarse un medio como la acuarela, dificultoso en demasía, que si bien otorga frescura a la obra, no permite corrección.

Treinta y tres, como los del poema, fueron los cantos que ilustró Zavattaro seleccionando las escenas más significativas. Agregó a ello, con atendible devoción, el retrato de José Hernández, asistido por la musa que le inspiraba la obra, e incluyó las acuarelas que denominó “Glorificación de Martín Fierro” y “Martín Fierro en el Paraíso”, donde ensalza al autor, al que considera digno de alternar con los más ilustres literatos al colocarlo junto al Dante.

En 1930, durante la crisis que sucedió a la caída de la Bolsa, sin dinero para sobrevivir en los nuevos tiempos, Zavattaro se recluyó, atrincherado en su dignidad, impedido de ganarse “el pan... y la manteca” —como él decía—, con el recurso del trabajo cotidiano. Pasó de ese modo del buen vivir en la bohemia porteña, y de sus largas y felices noches, a la pobreza más absoluta. Sus amigos, enterados del mal trance,

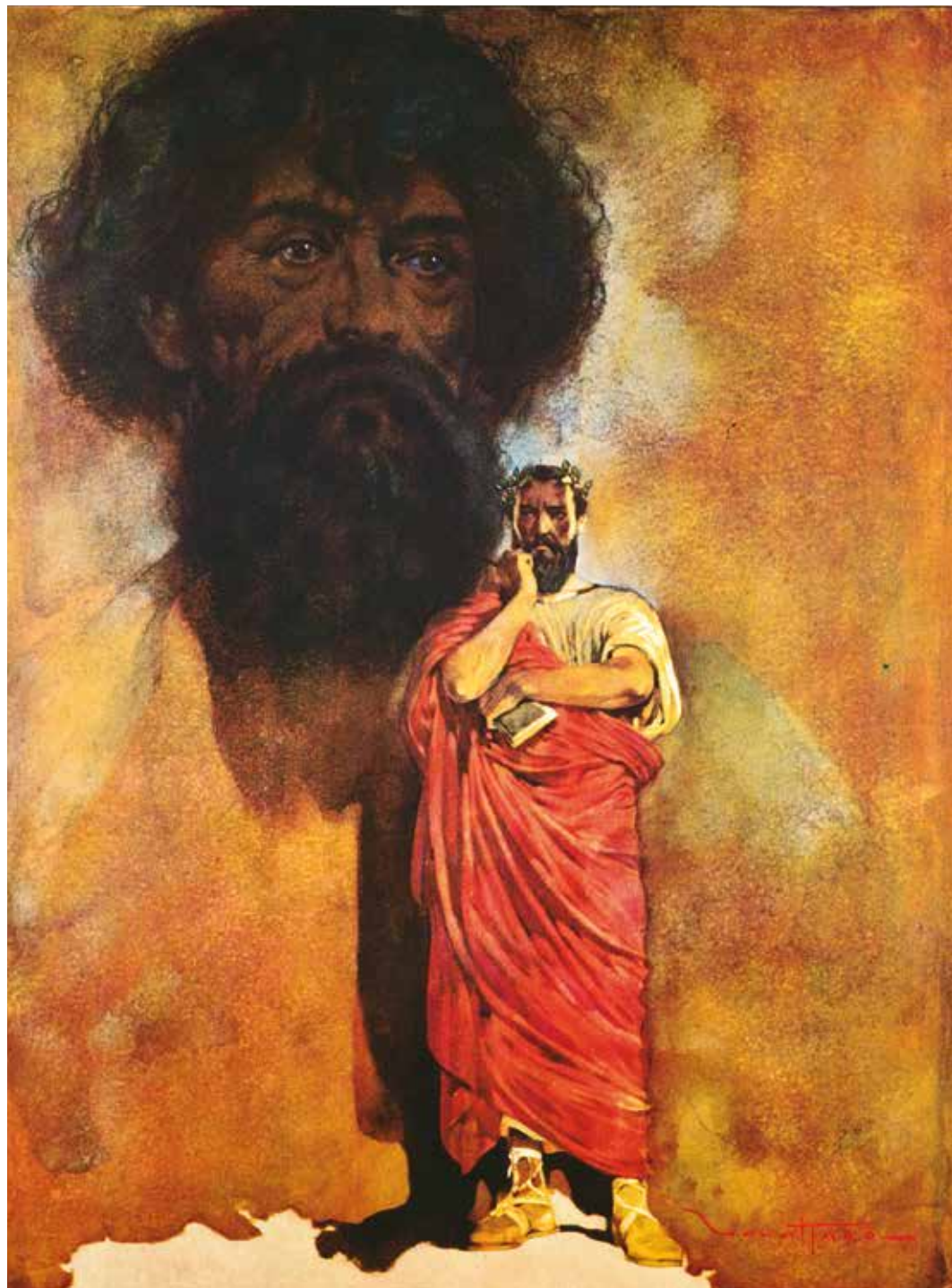
intentaron organizar un gran homenaje solidario que no pudo llevarse a cabo por el golpe de Estado que derrocó a Yrigoyen. Su trabajo sobre el *Martín Fierro* comenzó a conocerse en forma póstuma en 1937 cuando se publicaron las primeras doce láminas en los almanaques de Alpargatas. La serie continuó en 1938 y se completó en 1939. El éxito de ventas fue tan grande que la empresa no pudo satisfacer todos los pedidos, habiendo impreso más de cuarenta mil ejemplares de cada serie. Hoy estos almanaques, a más de ocho décadas de su publicación, son piezas gráficas de alto valor cultural que expresan un momento muy específico de la narrativa visual argentina. La serie estaba destinada a acompañar la edición de un libro sobre el poema hernandiano, luego frustrada. La Academia Nacional de Bellas Artes publicó en 1968 una selección de las láminas con el título *Escenas del campo argentino*. Finalmente, en 1997, Ediciones Magnus las incluyó completas en su lujosa edición del *Martín Fierro* bilingüe. “La recuperación de estas acuarelas representa no solo un justificado homenaje al notable ilustrador, sino un verdadero servicio a la cultura nacional y una manera de reconsiderar en su debido valor a quien, con arte y fidelidad, dio presencia visible a las escenas y personajes del poema hernandiano”, escribió León Benarós (*El largo camino de Martín Fierro y José Hernández*, ilustrado por Mario Zavattaro, Ediciones Margus, 1997, premiado como el libro mejor impreso y editado en la Argentina).

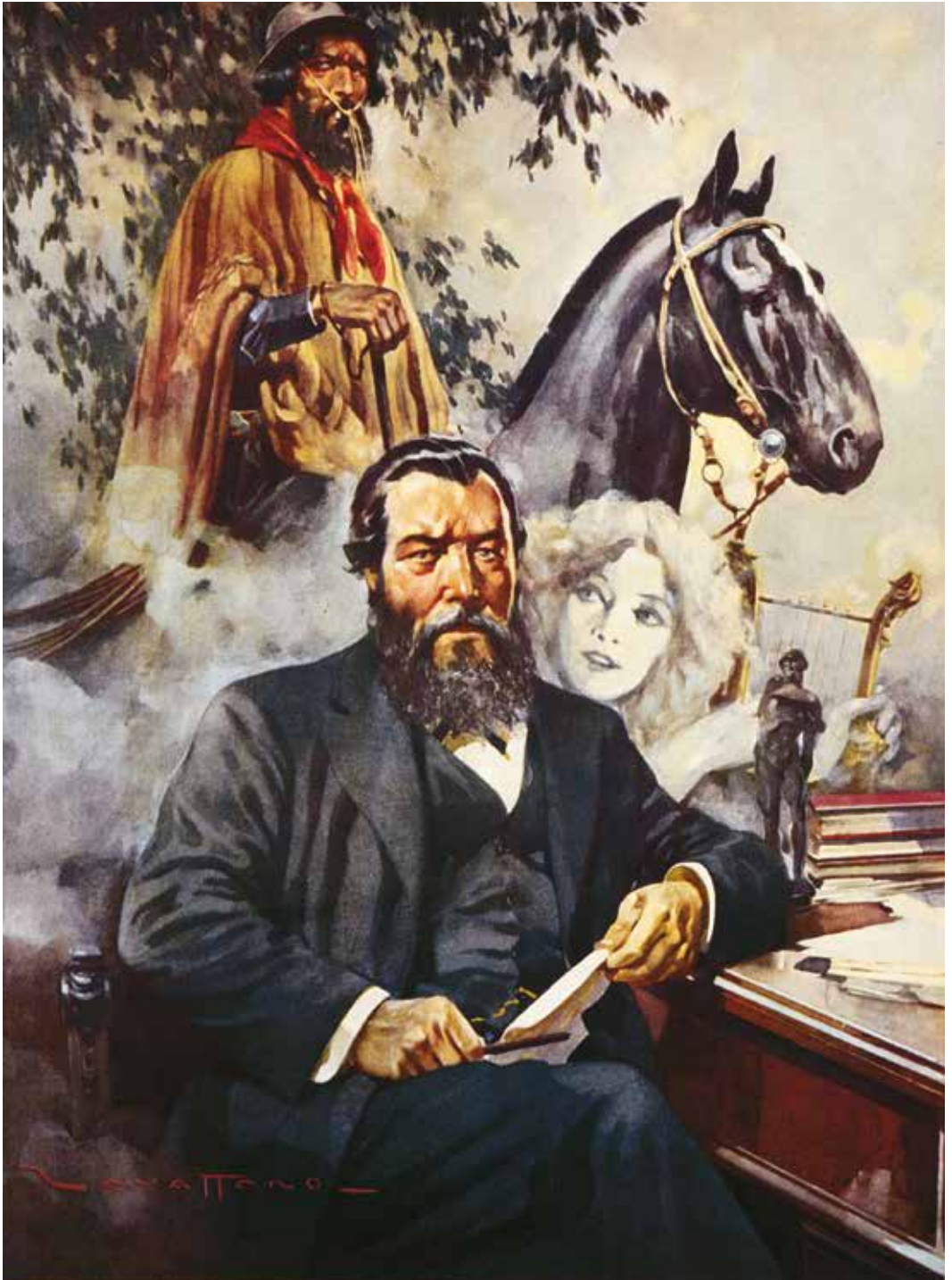
La obra de Zavattaro no fue únicamente un logro artístico sino que constituyó también el homenaje que un genovés definitivamente arraigado, encariñado con los usos y costumbres del país, rindió a su patria de adopción. La Biblioteca Nacional lo honra al exhibir por primera vez una selección de las estampas originales.

Francisco Montesanto

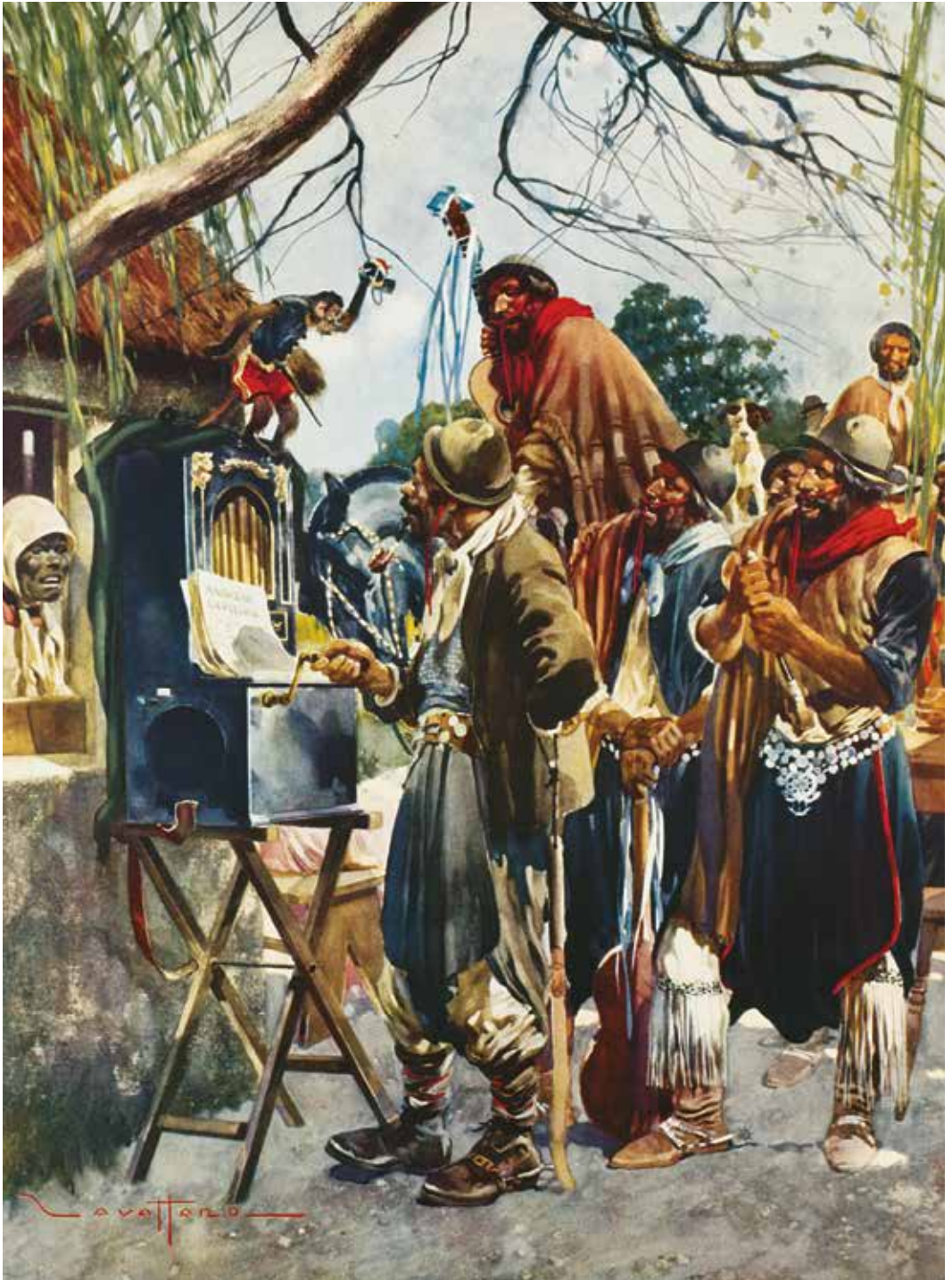






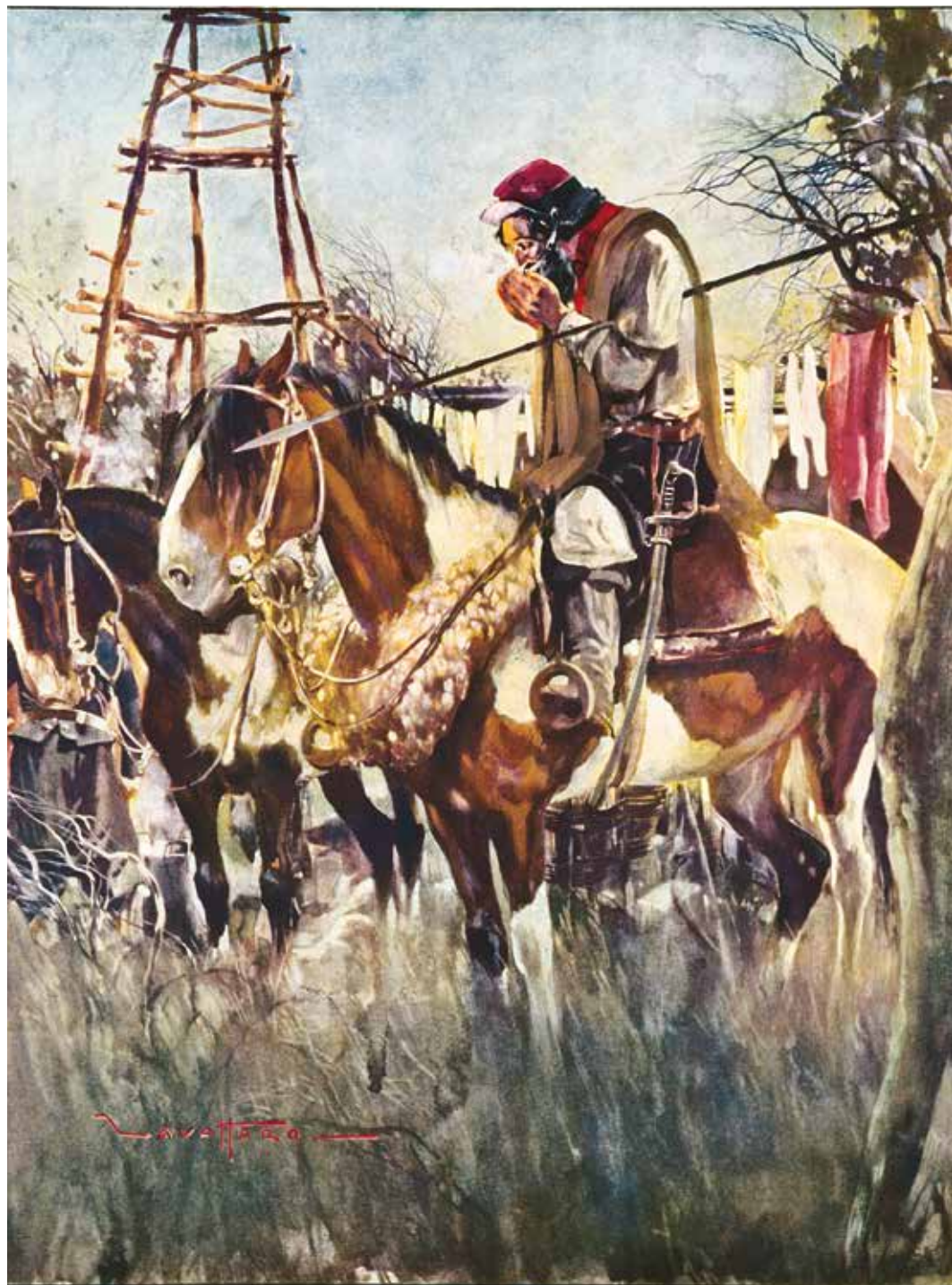




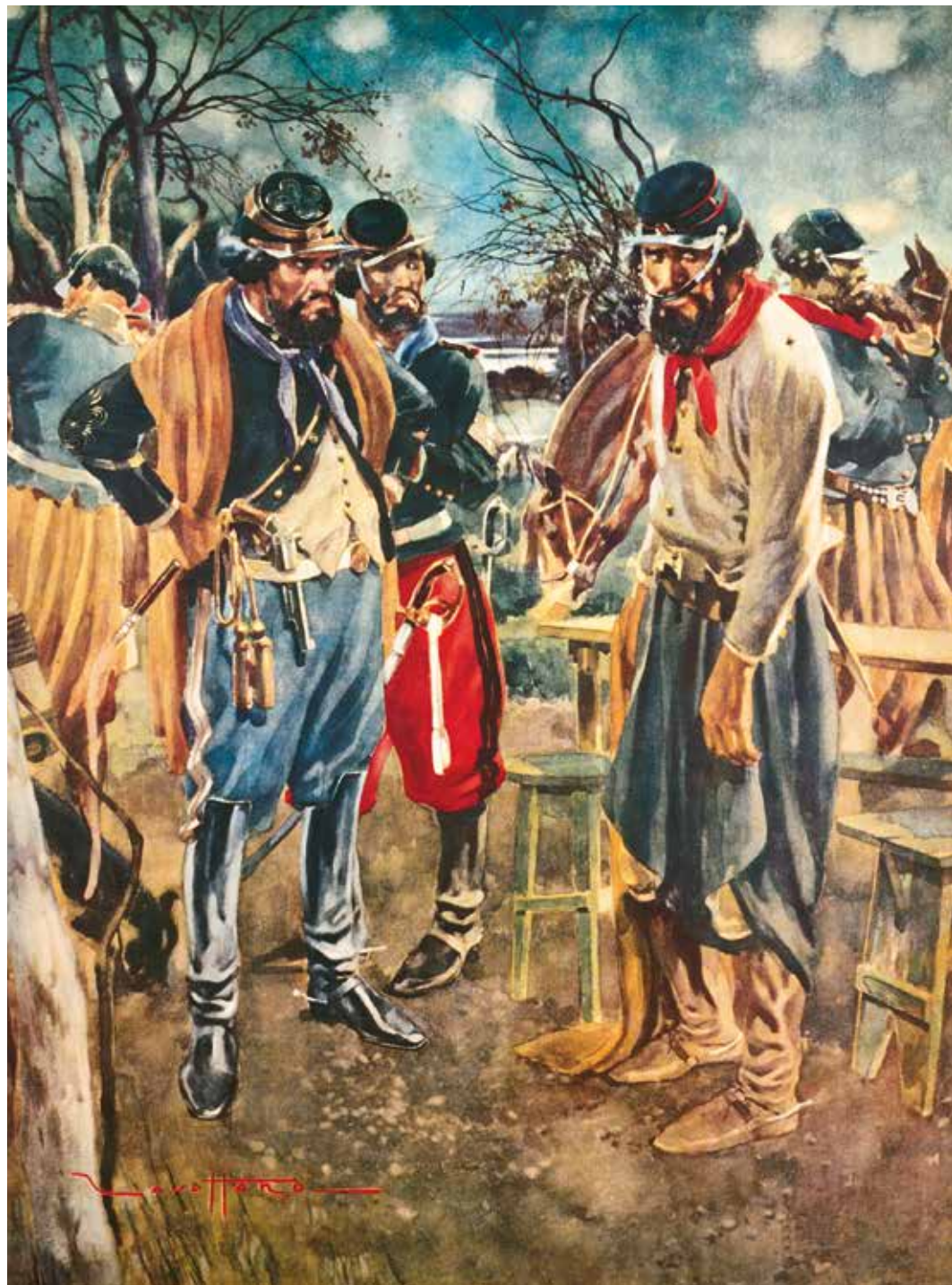


Savottero

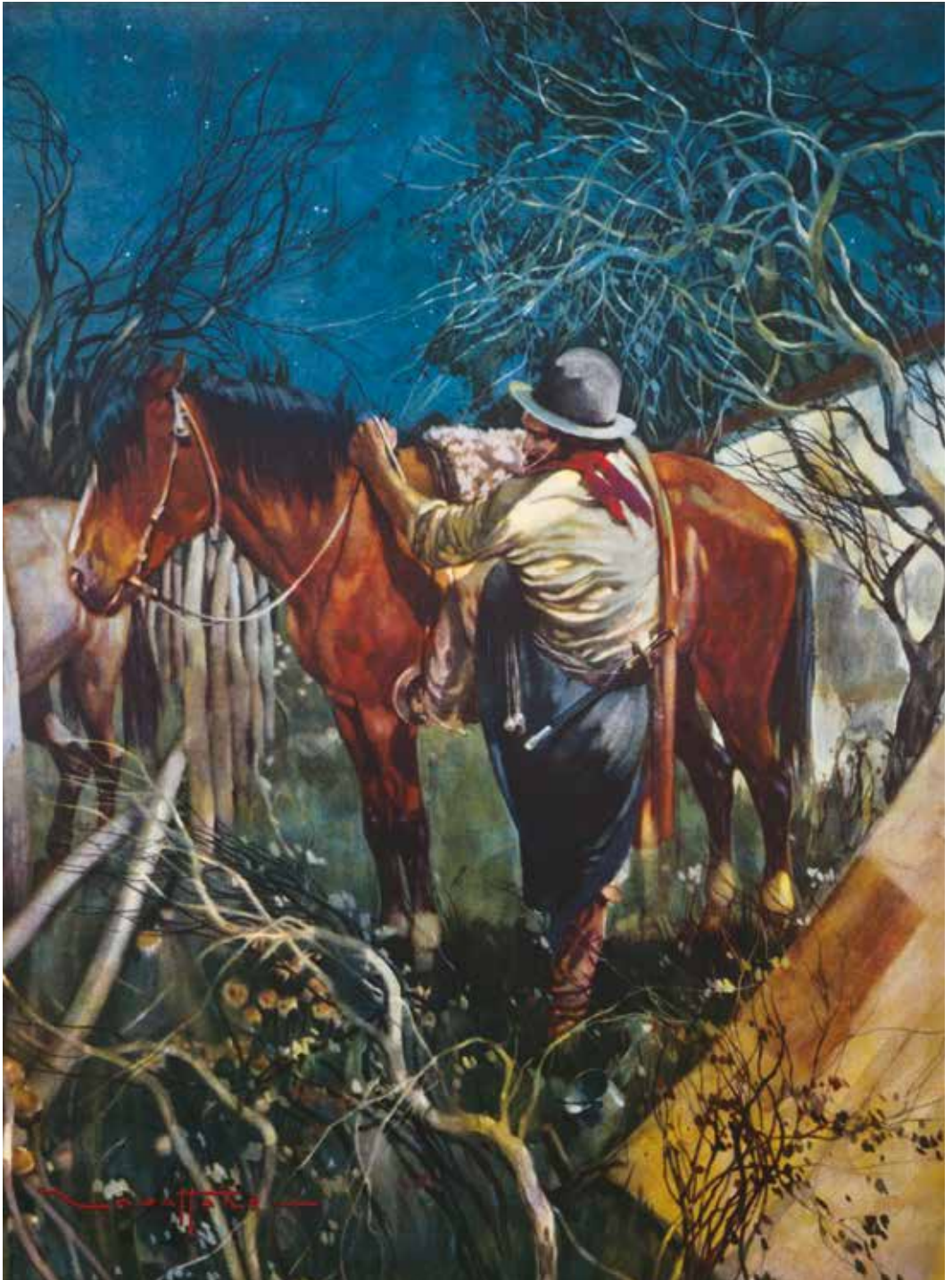




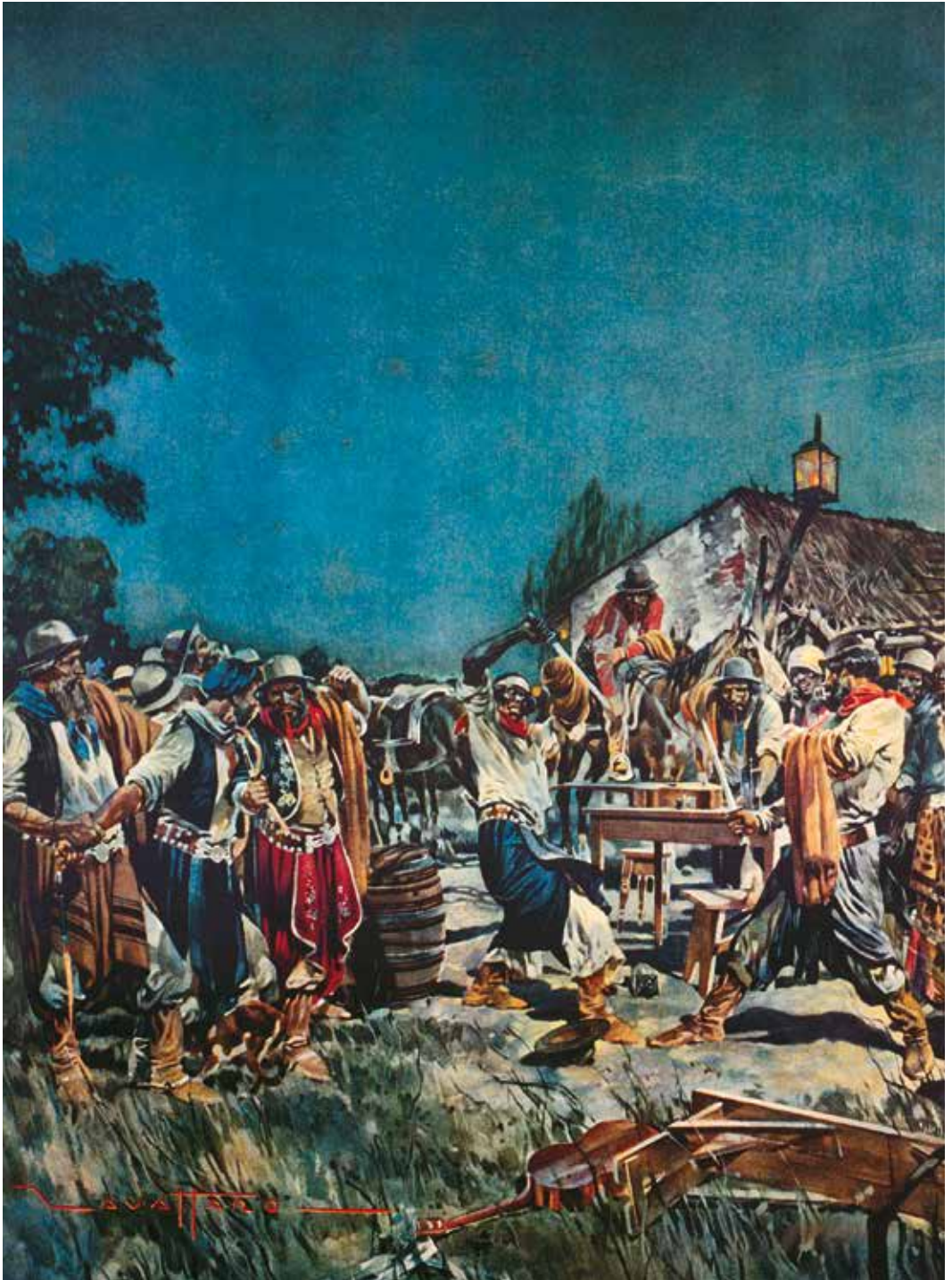












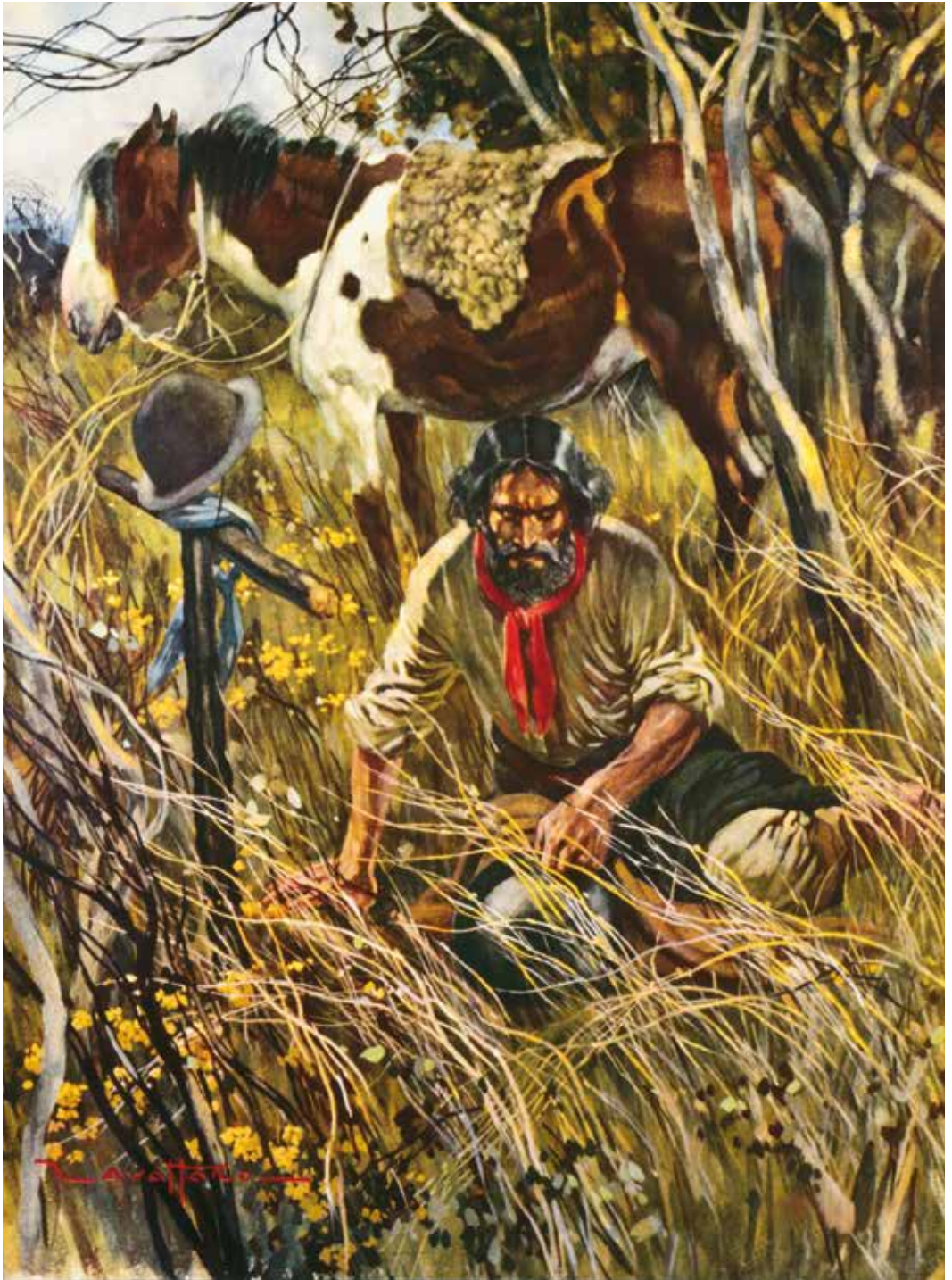




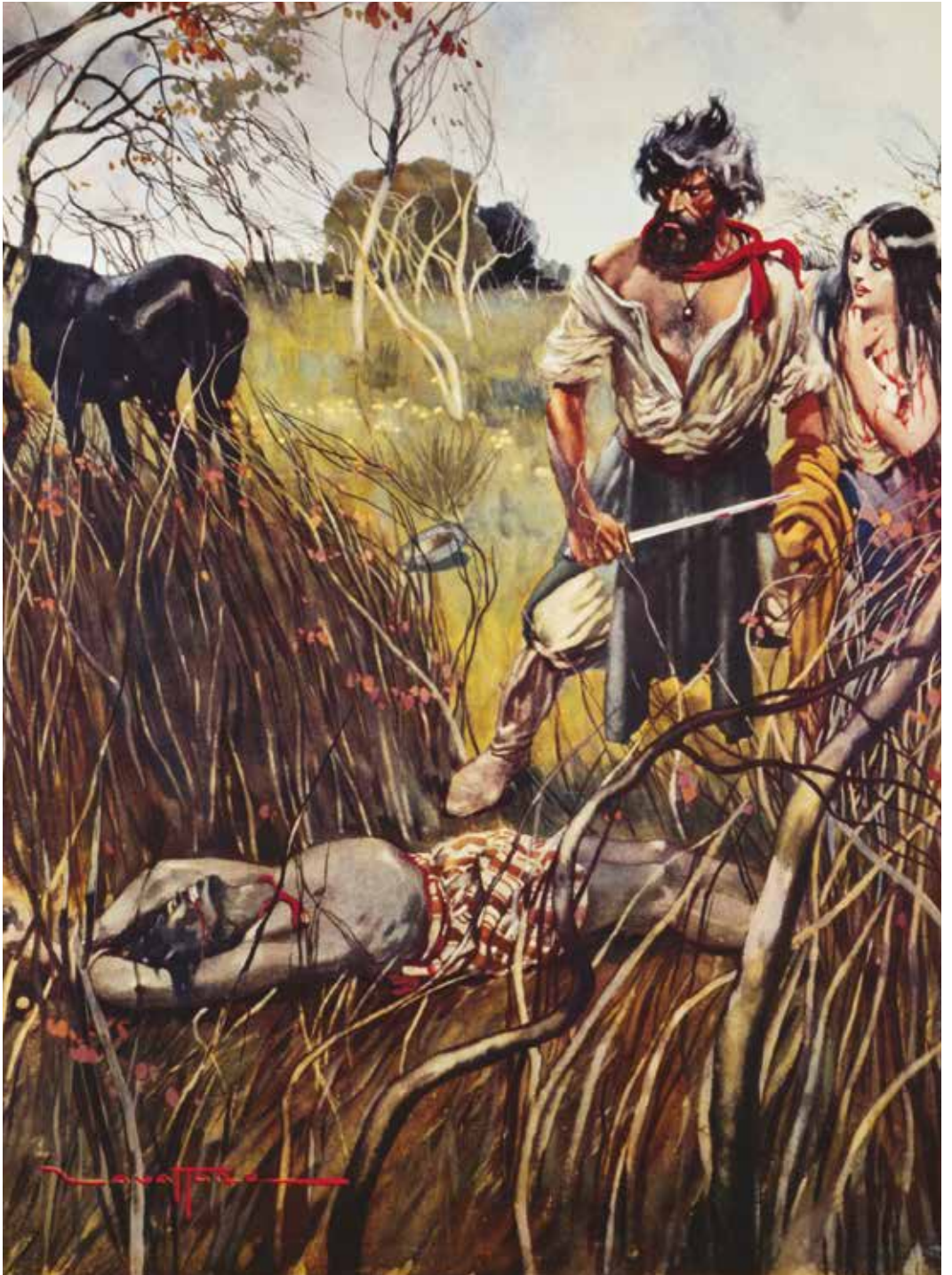


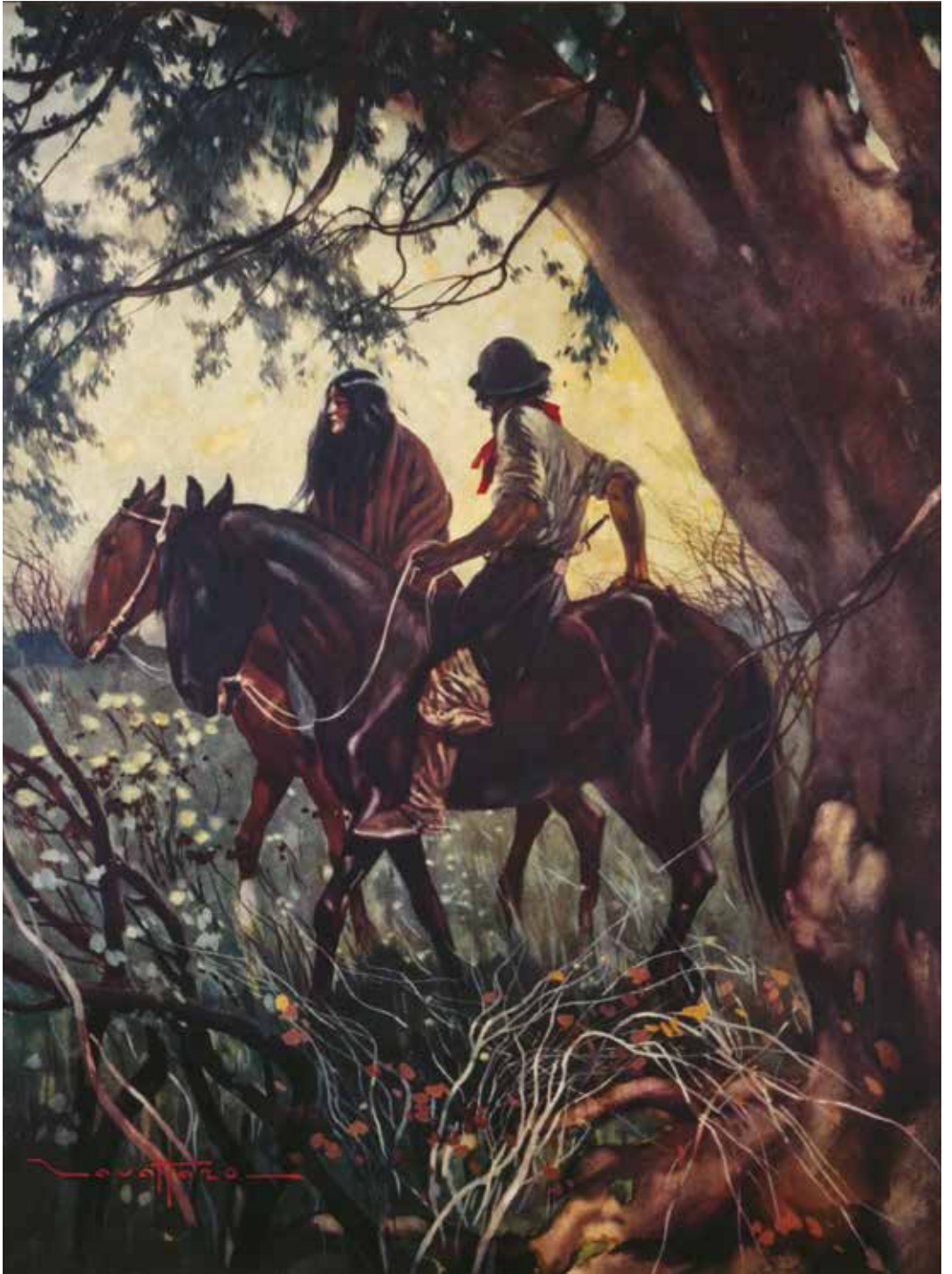




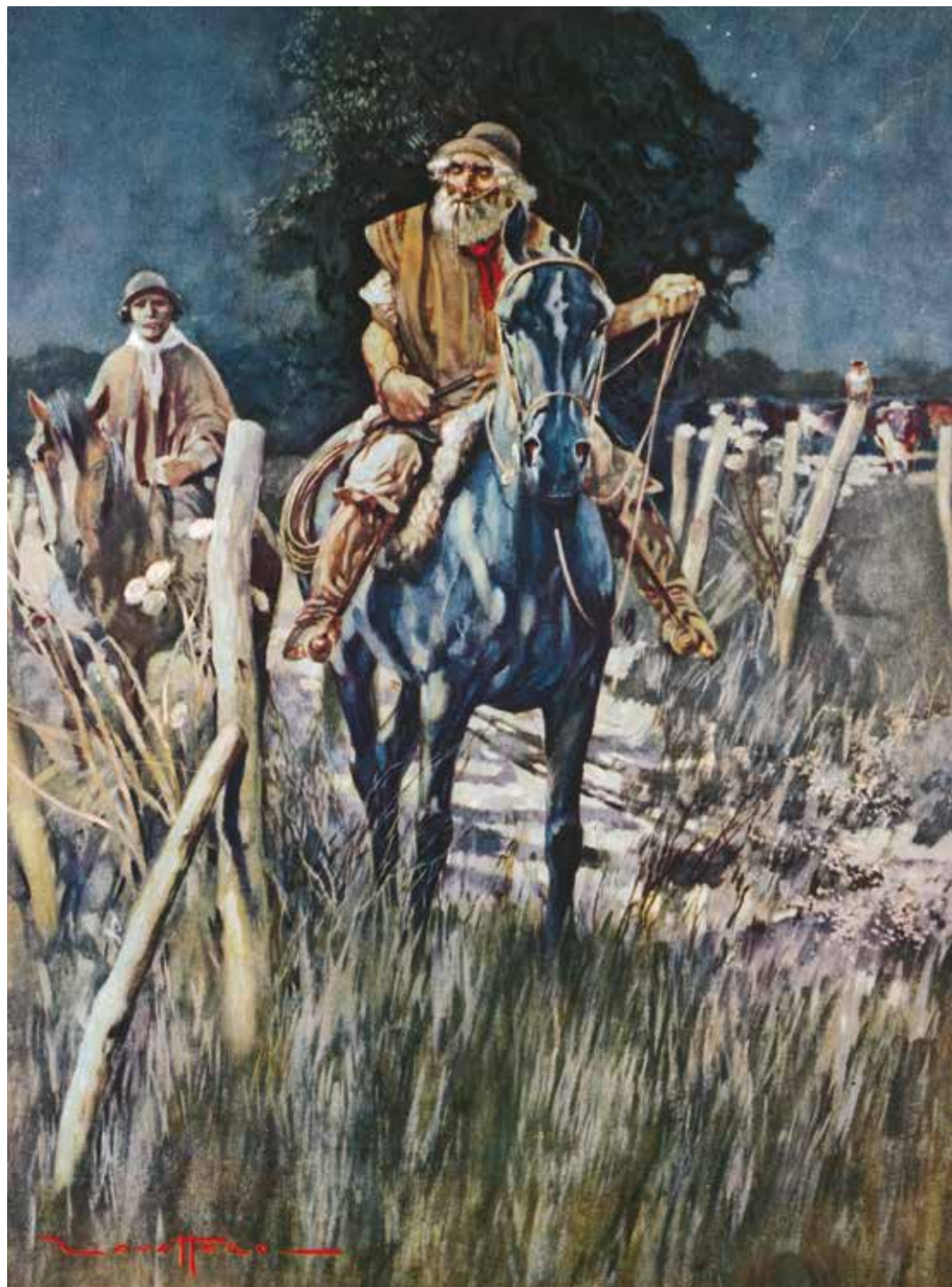




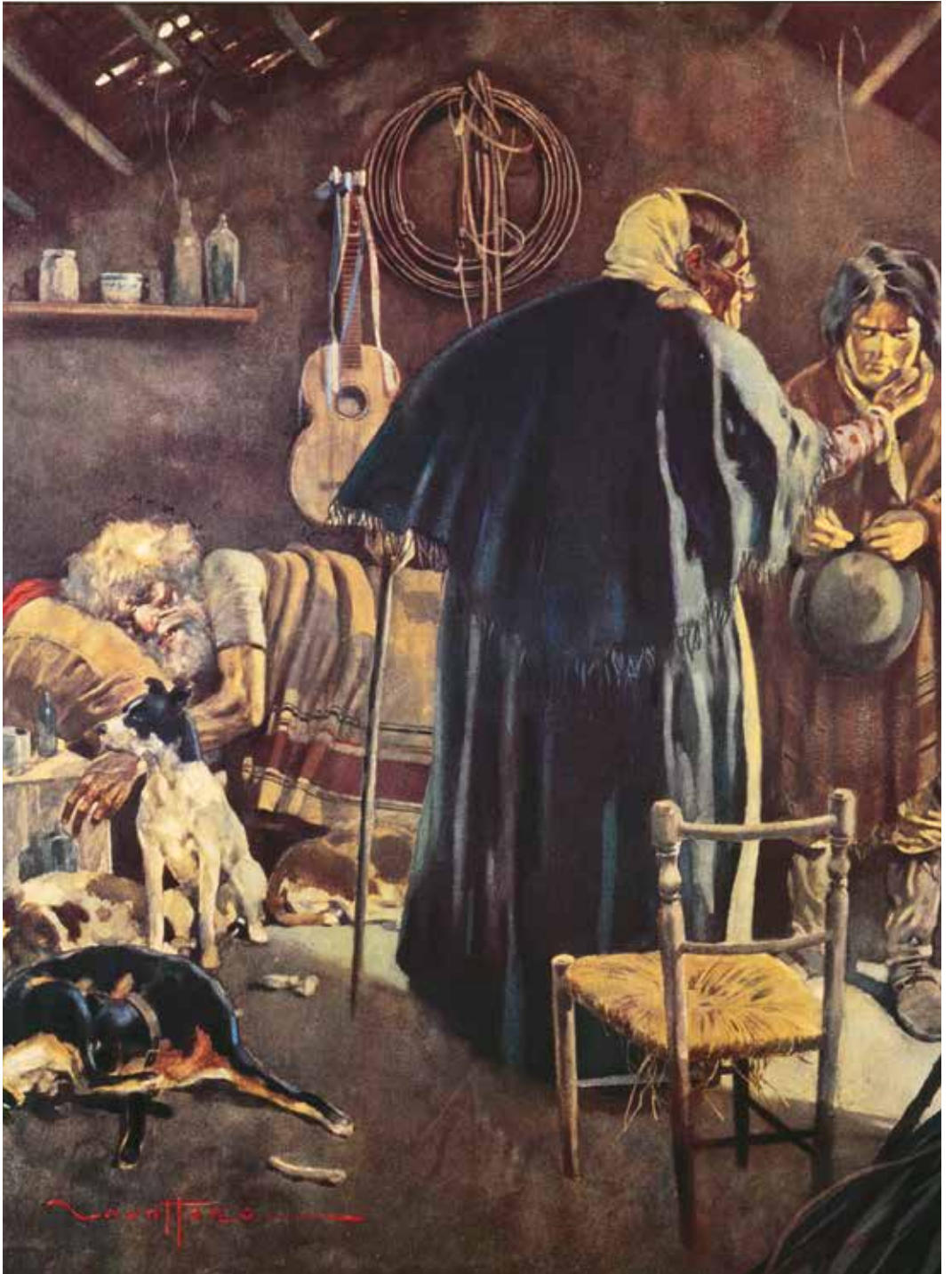


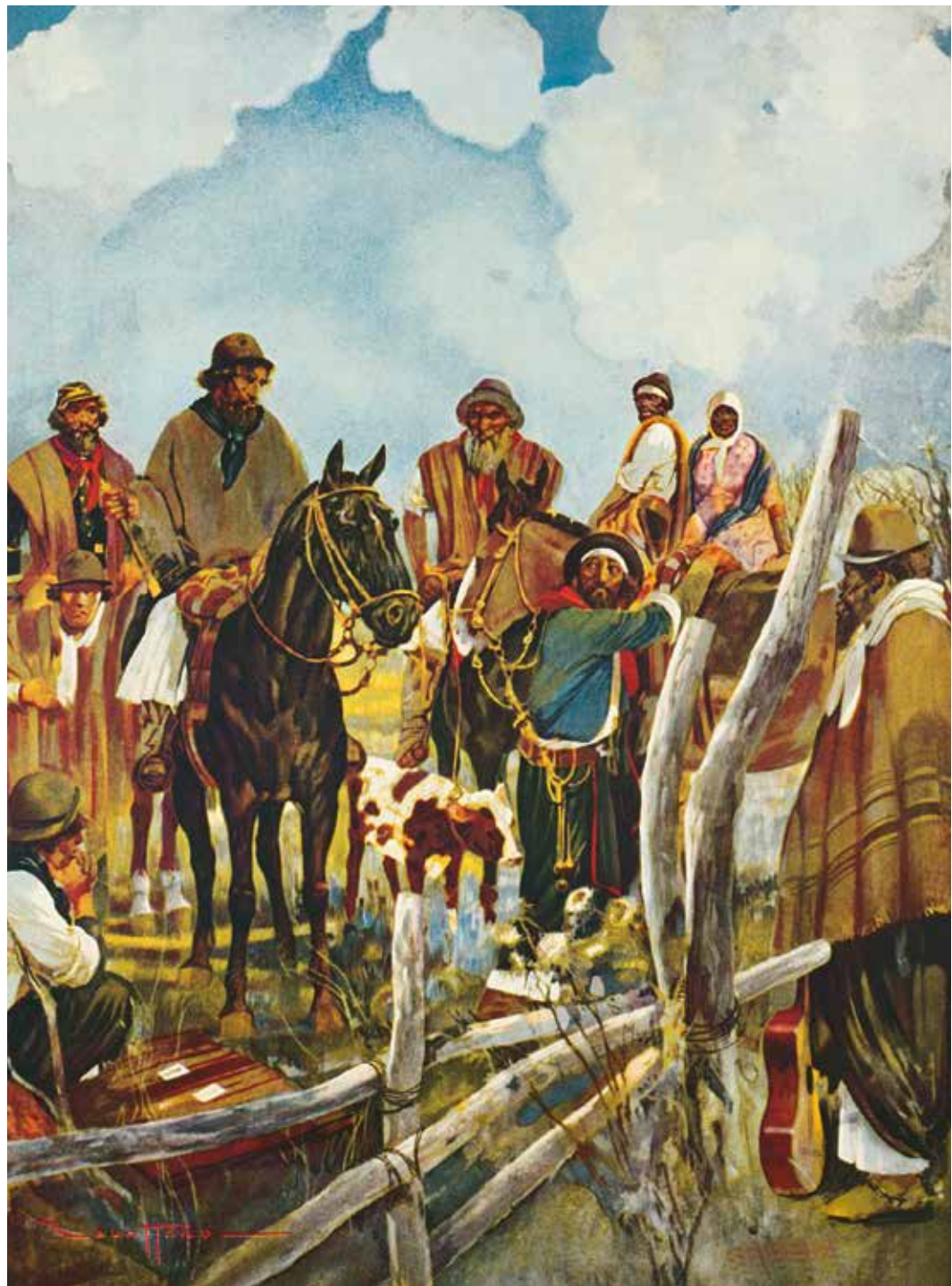


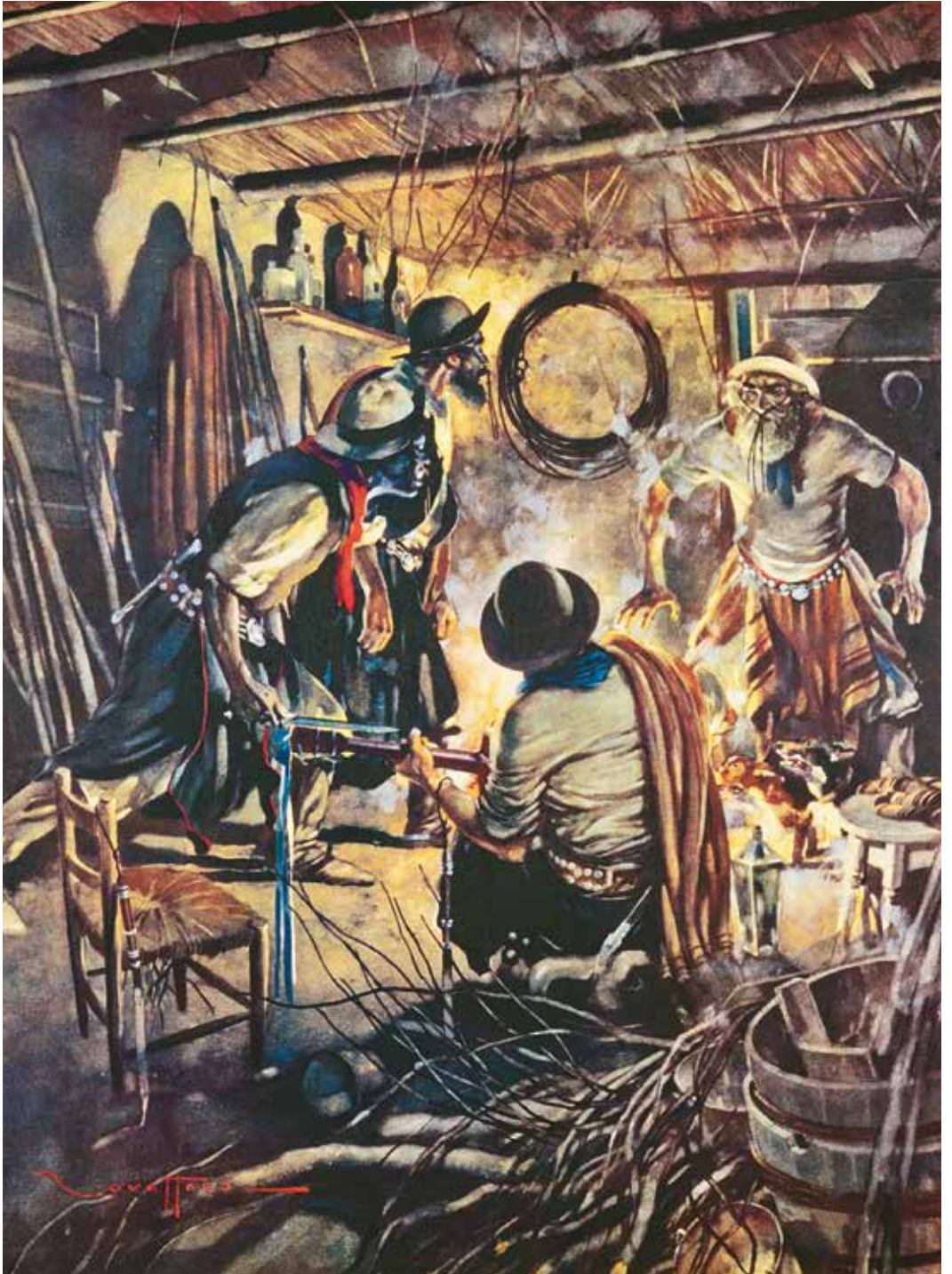


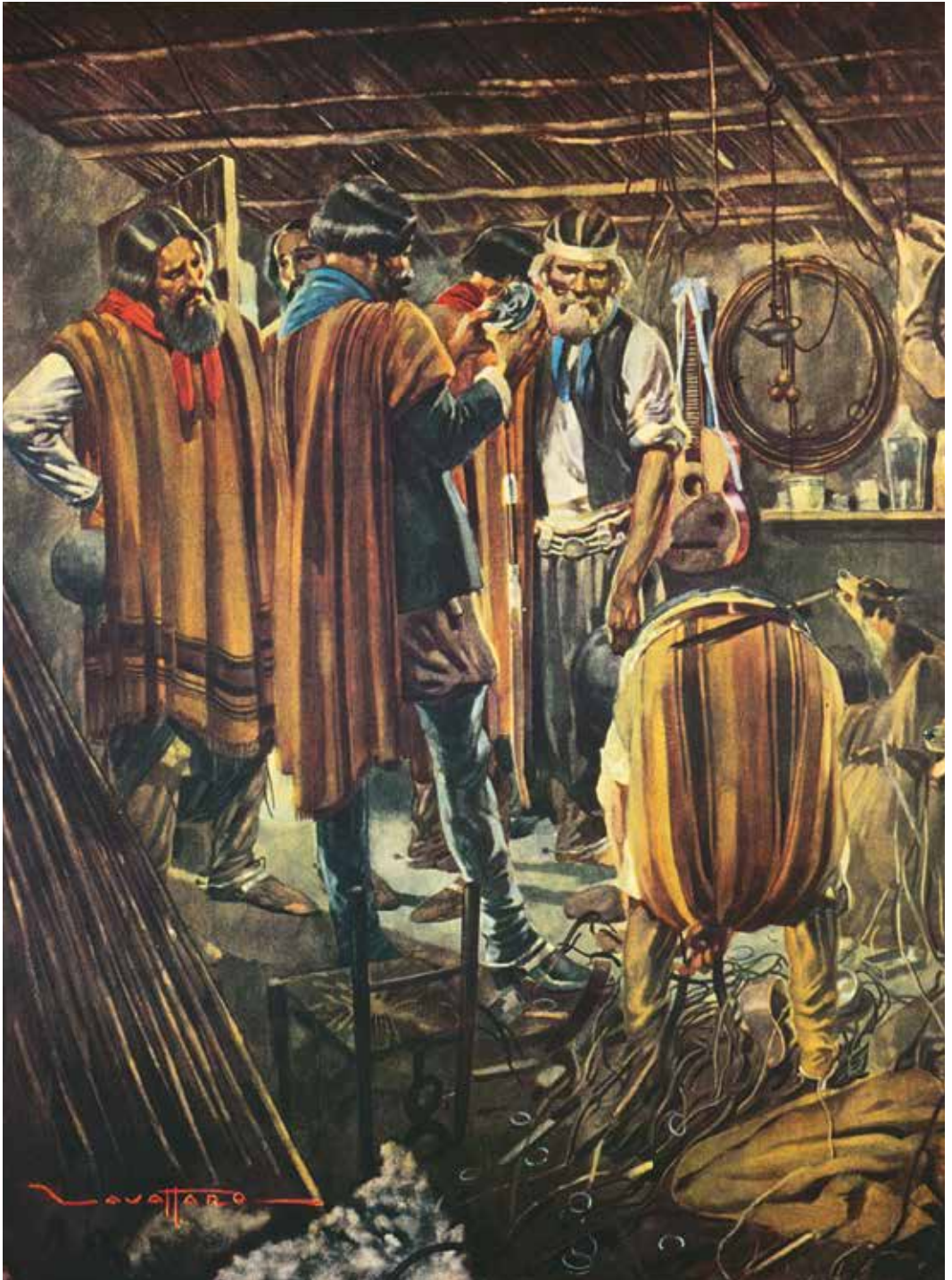












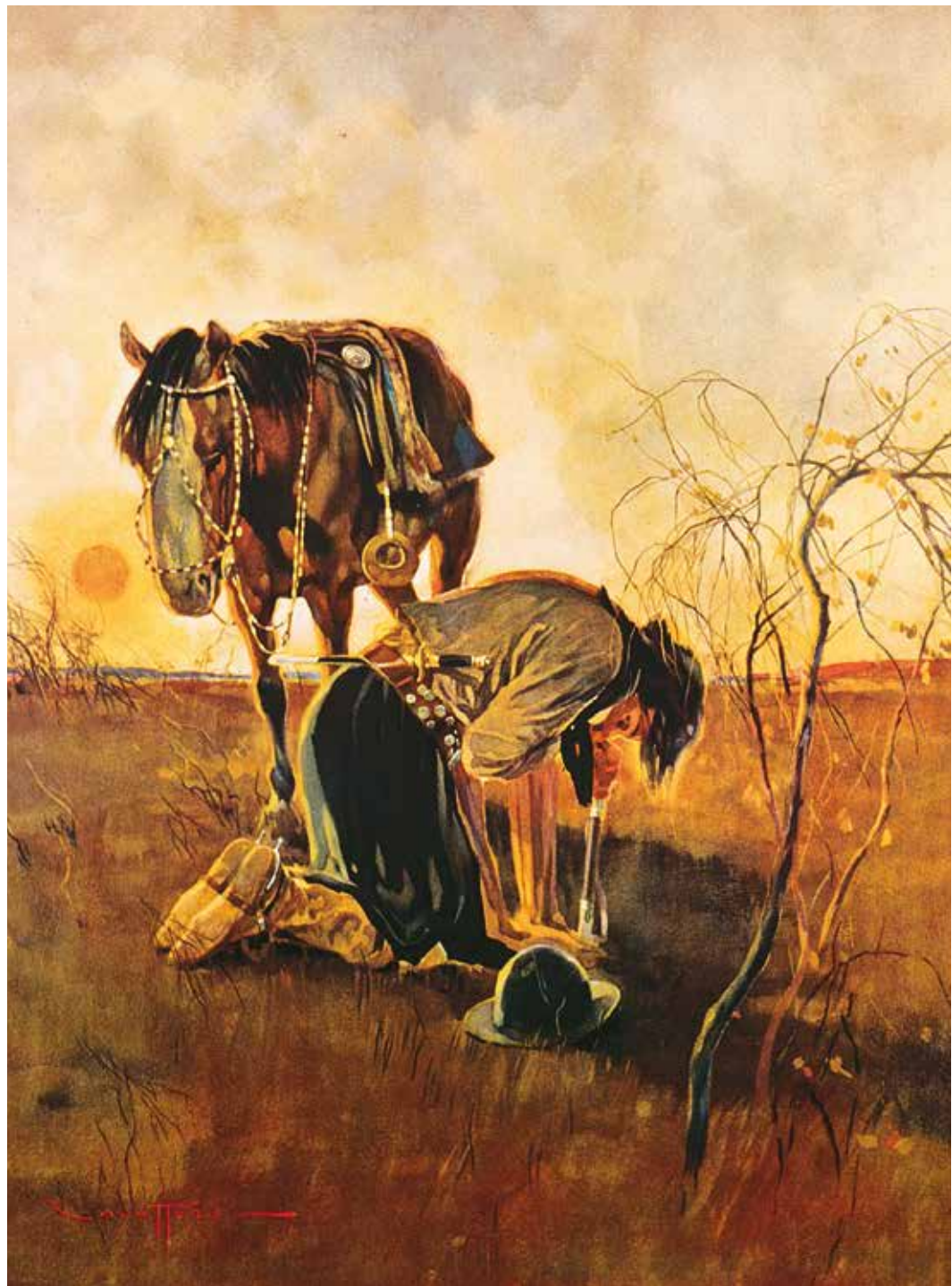






Savatino





Presidente de la Nación

Javier Milei

Ministra de Capital Humano

Sandra Pettovello

Directora de la Biblioteca Nacional

Susana Soto

Subdirectora de la Biblioteca Nacional

Elsa Rapetti

Director Nacional de Coordinación Bibliotecológica

Pablo García

Director Nacional de Coordinación Cultural

Guillermo David

Director General de Coordinación Administrativa

Roberto Arno

Diseño: Ximena Escudero. **Producción:** Martín Blanco, Karina Lorenzo, Tatiana Del Río y Fernanda González.

Montaje: Valeria Agüero, Ezequiel Gallarini y Pamela Miceli. **Edición:** Departamento de Publicaciones.

Áreas que intervinieron en la muestra: Dirección Nacional de Coordinación Cultural, Dirección de Producción de Bienes y Servicios Culturales, Departamento de Diseño Gráfico, Departamento de Montaje, Departamento de Exposiciones y Visitas Guiadas, Departamento de Infraestructura y Servicios, Departamento de Libros, Departamento de Preservación, Departamento de Publicaciones.

Colección Francisco Montesanto.



BIBLIOTECA NACIONAL
MARIANO MORENO

